

## Cristo-Rey (Rey o Pastor)

### I. *Realidad de la realeza de Cristo.*

1. *Cristo es Rey en sentido verdadero y propio (eminente).* Dogma de fe (cfr. *Símbolos*, D. 86, 40). La fe de la Iglesia en la realeza de Cristo se expresa también en la Liturgia. En una de las antífonas del *Magnificat*, vísperas de Navidad, se dice: “¡Oh Rey de las Naciones y Deseado, piedra angular, que unes en uno lo que es doble, ven y redime al hombre, que tú formaste del limo de la tierra! ¡Oh, Emmanuel, nuestro Rey y Legislador, esperanza de los pueblos y redentor suyo, ven y redímenos, oh Señor Dios nuestro!”

(días 22 y 23 de diciembre). En las vísperas de la vigilia de Navidad se reza también: "Cuando el sol descienda del cielo veréis al rey de reyes, que sale del Padre como el esposo de su lecho nupcial."

Y en los responsorios de las lecciones de Nochebuena se dice: "Hoy se ha dignado nacer de una virgen el rey de los cielos, para llevar el hombre perdido al reino celestial."

La realeza de Cristo queda claramente proclamada en la fiesta de la Epifanía al decir: "He aquí al dominador, el omnipotente está aquí; en su mano hay poder regio, fortaleza y dominio total." En el oficio de Cuaresma, Cristo es presentado como vencedor del pecado, de la muerte y del demonio; la Iglesia le invoca diciendo: "Alabado seas, Señor, rey de la gloria eterna." En el himno de Matines de la fiesta de la Ascensión se celebra el triunfo de Cristo: "¡Oh Rey eterno, supremo redentor y salvador de tus fieles, impotente cayó la muerte y tu gracia triunfó." Esta fe expresada en muchas oraciones a lo largo del año litúrgico tiene resumen y compendio en la liturgia de la fiesta de Cristo-Rey (cfr. Encíclica *Quas Primas* del 11 de diciembre de 1925, sobre la realeza de Cristo).

"El Oriente no conoce una fiesta propia de Cristo-Rey, ya que todo el orar y pensar, todo el esperar y anhelar de la Iglesia oriental se mueve incesantemente en torno al Rey celestial. La imagen de Cristo del arte bizantino y eslavo y la de la liturgia oriental es el Pantocrator, el Señor del Universo. Todos los ecos pneumáticos del pensamiento sobre Cristo, las voces de glorificación y del amor sacerdotal y redentor son por nosotros percibidas aquí. Alteza poderosa y majestad celestial se unen con el amor más delicado, íntimo y sencillo. Cristo-Rey es el redentor amigo del hombre, cuya misericordia infinita nos abraza como un inmenso mar de gracia. Cuando vamos a la sacratísima mesa del altar divino nos acercamos al Rey celestial del universo, estamos en el ámbito de los ángeles, que entonan sin cesar el himno real. La liturgia oriental siente siempre en la fiesta del misterio eucarístico el encuentro dichoso con el Señor omnipotente, cuyo poder despierta santa reverencia y nos deja vislumbrar la bondad amorosa del gran Dios. Con veneración habla de ello una oración de la liturgia de San Marcos: Jesucristo, Señor y Verbo eterno del Padre infinito y del Espíritu Santo, Sumo Sacerdote, pan que ha venido del cielo trayéndonos la vida a cambio de la perdición, y que se ha inmolado por la salud del mundo como cordero inmaculado: te pedimos e invocamos, Señor amante de la humanidad, que dejes que tu mirada ilumine este pan y este

cáliz. Por intercesión de los ángeles y por los coros de arcángeles, y por la actividad del sacerdote haz que tu sacratísima mesa sea para tu honor y renovación de nuestras almas; por la gracia, misericordia y amor a los hombres de tu Hijo Unigénito; por el cual y con el cual te sean dados a Ti y al Espíritu Santo vivificador el honor y el poder por los siglos de los siglos" (J. Tyciak, *Christus und die Kirche*, 1936, 87-88).

En la realeza y poder pastoral de Cristo encuentran culminación todos los poderes. Se puede decir que el poder majestuoso de Cristo es la raíz de todas sus obras. Por mandato del Padre y con poderes recibidos de El, debe establecer su realeza en el mundo. Es, pues, portador de la majestad divina en el mundo.

2. a) La realeza del Mesías está profetizada reiteradas veces en el AT; en él se da testimonio de Dios-Rey (así, por ejemplo, en: *Ps.* 2, 6; 72 [71], 8-12; 24 [23], 7-10; 93 [92]; *Is.* 9, 6-7; 11, 1-9; *Dan.* 7, 14; *Mich.* 4, 7). Como ya hemos visto, el Mesías futuro debía ocupar el trono de David; está, pues, llamado a restablecer el reinado davídico. David, rey terreno, es semblanza de otra figura regia; es símbolo de aquel rey que convoca a toda la humanidad a ponerse bajo su poder para salvarla, luchando no con armas terrenas, sino con el espíritu de Dios. Y como en el AT los reyes son comparados a pastores, también se da a la realeza de Cristo el nombre de *pastoreo*. En las profecías de Isaías, segunda parte, se dice: "Sube a un alto monte y anuncia a Sión la buena nueva. Alza con fuerza la voz, tú que llevas la buena nueva a Jerusalén. Alzadla, no temáis nada, decid a las ciudades de Judá: he aquí a vuestro Dios. He aquí al Señor, Yavé, que viene con fortaleza. Su brazo dominará. Ved que viene con él su salario, y va delante de El su fruto. El apacentará a su rebaño como pastor, El le reunirá con su brazo, El llevará en su seno a los corderos, y cuidará a las paridas" (*Is.* 40, 9-11). Yavé es el vencedor de las fuerzas enemigas, liberta a su pueblo y le vuelve a su casa desde la esclavitud. Con amor y cuidado hace su obra; se preocupa por todos y por cada uno. Esta preocupación de Dios y de su Cristo se representa a menudo con la parábola del pastor (*Is.* 40, 9-11; *Ps.* 78 [77], 52; 80 [79], 2; 95 [94], 7; *Mich.* 2, 12-13; *Eze.* 34, 23; *Ier.* 3, 15; *Zach.* 10, 2).

b) En el NT se testifica la realeza de Cristo, sobre todo en cinco textos: en la escena de la Anunciación, en la historia de los Magos, en el relato del encuentro de Jesús con Natanael, en la narra-

ción de la multiplicación de los panes y en la exposición del proceso ante Pilatos (cfr. E. Peterson, *Christus als Imperator*, en "Catholica" 5, 1936, 64-65; ídem, *Das priesterliche Königtum Christi*, en "Der Katholische Gedanke" 10, 1937, 12-21). Cuando el ángel saludó a María quedó perpleja y confusa reflexionando sobre aquellas palabras, y el ángel añadió: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin" (Lc. 1, 30-33). Las palabras del ángel están relacionadas con las profecías del AT, con las profecías de Isaías sobre el Emmanuel (*Is.* 7, 14) y con las numerosas promesas de renovación y perduración del reinado davídico. Según estas promesas y profecías, Dios concederá al Mesías el poder regio de su antepasado David (*II Sam.* 7, 12-16; *I Par.* 22, 9-10; *Ps.* 89 [88], 36-52; *Is.* 9, 6; *Mich.* 4, 7; *Dan.* 7, 14). Puesto que la descripción está hecha dentro del marco de la esperanza mesiánica viejotestamentaria, no incluye en sí, según su contexto e interpretación directos e inmediatos, nada trascendente que aluda a algo ultramundano. Jesús es caracterizado como restablecedor del reinado davídico (cfr. *Am.* 9, 11-15; *Mich.* 4, 7; *Ez.* 17, 22). Podría tal vez deducirse de esto que de no haber renegado el Israel histórico y real del rey dado por Dios, hubiera restablecido de hecho su antigua gloria imperial y se hubiera convertido en punto de partida de la dominación regia del Mesías sobre el mundo, para salud de la humanidad. Pero como rechazó al rey enviado por Dios, le fué quitada la misión confiada antes y ocupó su lugar la Israel espiritual. "Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá, en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al Oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén" (*Mt.* 2, 1-3). Los magos le ofrecieron como obsequio oro, incienso y mirra; el oro, tal como se lee en la Epístola de la fiesta de la Epifanía, para testimoniar su poder de rey; el incienso, para reconocer su sacerdocio; la mirra, para profetizar su sepultura. Herodes, por miedo al reinado de Cristo, mandó matar a todos los niños de dos años, para de ese modo terminar con Cristo (*Mt.* 2, 11-18).

Cuando Felipe lleva hasta Jesús a Natanael, "verdadero israelita", éste, emocionado y conmovido ante Jesús, exclamó: "Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel" (*Io.* 1, 49). Con

mentalidad viejotestamentaria saluda al Salvador como a Rey de Israel. El Salvador es, pues, una figura de Rey.

Cuando la multitud, que seguía a Jesús, vió el milagro de la multiplicación de los panes, quiso hacerle Rey. Al observarlo, Jesús se retiró solo hacia los montes (*Io.* 6, 14). La multitud no comprende a Jesús; cree que trae el bienestar terrestre y espera de El la realización de sus deseos naturales. Le considera "rey" de este mundo, salvador de la necesidad social y económica. Y así pasan por alto lo esencial. Lo que Cristo trae, ante todo, es la redención de la necesidad religiosa y moral; su misión es llevar a los hombres a una relación normal con Dios. Sólo desde esta nueva y profunda ordenación de las cosas puede llegar la liberación de la necesidad natural. El pueblo desea bienestar terreno sin convertirse a Dios. Por eso Cristo se aparta de él. Cristo huye a Egipto para no caer en manos de Herodes y se retira a la soledad del monte para no estar con el pueblo.

Pilatos pregunta a Cristo si es Rey, y El contesta: "Tú dices que soy Rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz" (*Io.* 18, 31). Los judíos no quieren ese rey, prefieren a Barrabás antes que al Rey de la Verdad (*Io.* 18, 33-40; 19, 12; *Mt.* 27, 11-38; *Mc.* 15, 2-18; 26; *Lc.* 23, 2-3. 37). Cristo es cantado como eterno rey de la gloria en la primera Epístola de San Pablo a Timoteo (*I Tim.* 6, 15); al fin vence a todos sus enemigos (*Apoc.* 19, 11-16). Cristo es Rey y ser admitido en su reino significa gracia, salud, salvación y gloria (*Mt.* 16, 28; 20, 21; 13, 41; *Lc.* 1, 33; 22, 29-30; 23, 42; *II Tim.* 4, 1, 18; *II Pet.* 1, 11; *Eph.* 5, 5; *Col.* 1, 13; *Apoc.* 3, 21; 11, 15). (Cfr. § 159).

c) *En la época de los Santos Padres*, la realeza de Cristo fué considerada como obligación y característica a la vez. San Policarpo, por ejemplo, explicaba al juez que no podía faltar a la fidelidad prometida al rey, ahora al fin de su vida, después de haber sido fiel durante ochenta y seis años (*Acta del martirio de San Policarpo*, 9, 3).

En la *Carta a Diognetes* se dice: "El omnipotente, creador del universo y Dios invisible, hizo bajar de los cielos su verdad y su Palabra santa e incomprensible y la aposentó en los hombres y sólidamente la asentó en sus corazones, y eso no mandándoles a los hombres, como alguien pudiera imaginar, alguno de sus servidores, o a un ángel o príncipe alguno de los que gobiernan las cosas te-

restres, o alguno de los que tienen encomendadas las administraciones de los cielos, sino al mismo Artífice y Creador del universo: Aquel por quien creó los cielos, por quien encerró al mar en sus propias lindes: Aquel cuyo misterio guardan fielmente todos los elementos; de cuya mano recibió el sol las medidas que ha de guardar en sus carreras del día; a quien obedece la luna cuando le manda lucir durante la noche; a quien obedecen también las estrellas, que forman el séquito de la luna en su carrera; Aquel, en fin, por quien todo fué ordenado y definido y sometido: los cielos y cuanto en los cielos se contiene; la tierra y cuanto en la tierra existe; el mar y cuanto en el mar se encierra; el fuego, el aire, el abismo, lo que está en lo alto, lo que está en lo profundo, lo que está entre medio: a Este envió. Pues bien, ¿acaso, como alguien pudiera pensar, le envió para ejercer una tiranía o infundirnos terror y espanto? ¡De ninguna manera! Envióle en clemencia y mansedumbre, como un rey envió a su Hijo-rey; como Dios nos le envió, como hombre a los hombres le envió, para salvarnos le envió; para persuadir, no para violentar, pues en Dios no se da la violencia. Le envió para llamar, no para castigar; le envió, en fin, para amar, no para juzgar" (*Padres Apostólicos*, edit. D. Ruiz Bueno, B.A.C., 1950, 852-53). (Cfr. también *Orígenes, Contra Celso*, lib. I, cap. 61.)

## II. *Modo y actividad de la realeza de Cristo.*

3. *Orígenes* indica el modo de realeza de Cristo y de su reino. No es un reino de este mundo (*Io.* 18, 36; *Mt.* 4, 8-10; *Mc.* 9, 33-36). Tampoco tiene límites geográficos determinados o las formas que suelen tener los reinos de la tierra. Es posible que comprendamos mejor el reinado de Cristo si examinamos atentamente la interna relación expresada en la palabra "dominar" referida a "ser señor" y "señorío". "El señorío es la propiedad peculiar y típica del dominador, y dominar es la representación real del señorío en la configuración del pueblo. La tarea propia del dominador es hacer señorial al pueblo" (Pinsk). El *dominar* se convierte así en *servir*; el dominio está al servicio del señorío del pueblo.

Ahora puede entenderse la sublime dignidad de la realeza de Cristo. Cristo es *Rey* del mismo modo que *Maestro* y *Sacerdote*; más aún: es sacerdote y maestro, por ser rey. "Su misión es servir a la humanidad; para eso ha sido enviado por el Padre. El contenido de ese servicio consiste en facilitar al hombre la vida y la glo-

ria, pero no la vida en sentido vulgar, como lo hacen los hombres, sino en sentido pleno: la vida en *plenitud* y la gloria de Dios. Este servicio a la humanidad no ha terminado todavía; sólo se acabará cuando Cristo se aparezca al fin de los tiempos envuelto en su gloria deslumbrante. Entonces, al resucitar la humanidad a la gloria del cuerpo resucitado y al convertirse el mundo en el cielo nuevo y la tierra nueva, cuya luz no es ya la perecedera del sol y de la luna, sino el fulgor del cuerpo glorioso de Cristo, pues la gloria de Dios ilumina al mundo y su luz es el Cordero (*Apoc.* 21, 23); entonces se hará visible lo que el servicio de Cristo ha dado a la criatura: la gloria de Dios. Esta donación de la gloria de Dios a la criatura ocurre en el verdadero señorío; es decir, la gloria que Cristo ofrece al mundo no es una oferta sin compromiso; el individuo y la humanidad quedan obligados a seguir el camino por el que Dios quiere llevar al mundo su plenitud de gloria. Frente a Cristo no tiene validez el decir que cada uno puede ser feliz a su manera. Porque El es realmente Señor del mundo. Y este señor no se funda simplemente en una disposición positiva del Padre, sino en la misma esencia del Hijo de Dios hecho hombre: en El recibe la humanidad su definitiva realización. La naturaleza humana no puede ser ya más perfecta de lo que es en Cristo; El debe ser, pues, su Señor y Primero, de cuya plenitud recibamos todos" (J. Pinsk, *Die sakramentale Welt*, 1938, 83-88).

Cristo ejerció la realeza durante toda su vida, ya que toda su vida estuvo al servicio de la redención y de la concesión de la vida y gloria de Dios a las criaturas. Ese servicio llegó al máximo grado en su muerte, resurrección y ascensión y en la venida del Espíritu Santo al mundo. No puede, pues, separar su realeza de su sacerdocio (*Phil.* 2, 7-11). Su *realeza es sacerdotal*. En cuanto Rey, venció Cristo los poderes del pecado, de la muerte y del demonio; y les venció no por la fuerza, sino por amor y justicia. *Su reinado es de amor, que se sacrifica e inmola*, que quiere elevarnos al honor, a la libertad y a la gloria (sobre la relación entre la realeza de Cristo y su sacrificio pueden verse los himnos *Rex gloriose praesulum, Rex Christe factor omnium, Rex sempiternae Domine, Rex sempiternae caelorum, Vexilla regis prodeunt*).

El reinado de Cristo *es distinto de todo otro reinado y dominio*. Pero no por eso es menos real y efectivo. Su dominio no es un dominio impropriamente dicho. Ninguna dominación es tan profunda e íntima como la suya. Toda otra dominación es una imagen de la suya; en ella se funda y en ella culmina (*Col.* 1, 16-17). Y jus-

tamente porque es distinta de las demás, el hombre, prisionero en el mundo, se opone a ella. Sólo el hombre que vive en la verdad de Dios puede soportarla, es decir, sólo el que está configurado y determinado por la realidad de Dios revelada por Cristo y distinta de toda realidad mundana. Toda la masa del pueblo judío, como Herodes y Pilatos, estaban aferrados a las formas conceptuales intramundanas, y por eso se unieron entre sí contra el reinado de Cristo, que es trascendente a este mundo. "En efecto, juntáronse en esta ciudad contra tu santo Siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilatos, con los gentiles y el pueblo de Israel" (*Act. 4, 27*). Ni Herodes ni Pilatos tenían por qué temer el reinado de Cristo (*Mt. 2, 1-18; Io. 18, 36; 19, 12-13*). El himno de la fiesta de la Epifanía dice: "¡Cruel Herodes, ¿por qué temes la llegada de Dios-Rey?! No roba los reinos terrestres el que da el reino de los cielos."

4. El reinado de Cristo se extiende a todo el mundo, ya que llenó toda la creación de la gloria de Dios (cfr. § 163). Pero las formas perecederas de este mundo durarán hasta la vuelta de Cristo. El dominio de Cristo *no destruye ninguno de los órdenes creados*. ¿Cómo podría hacerlo, si tales órdenes tienen origen en la voluntad creadora del Padre y El vino a cumplir la voluntad de su Padre y a hacer que de nuevo impere en el mundo? Los órdenes terrestres, fundados en los planes creadores de Dios, no son destruidos o amenazados, sino consolidados y robustecidos. Ciertamente es que Cristo no ha venido a configurar directamente las cosas de la tierra (política, cultura, ciencia), pero entre El y los órdenes de la creación hay una relación vital, ya que tales órdenes han sido también incorporados a su redención.

Doble ha sido la aportación de Cristo a los órdenes terrestres: *objetivamente* confirmó la creación del Padre; con lo cual se acentúa de nuevo el encargo dado por Dios al hombre de someter y configurar el mundo. Cristo acentúa a la vez la caducidad de todo lo terreno. La configuración actual del mundo se convertirá en el cielo nuevo y en la tierra nueva. Los órdenes terrestres no tienen significación absoluta y definitiva, pero no por eso son desvalorizados. Son símbolos de la futura configuración del mundo, representado por Cristo resucitado; estos órdenes, transformados en el cielo nuevo y la tierra nueva, sobreexistirán indestructibles. Esto incluye, que Cristo haya devuelto al Padre el mundo sometido a Satanás por el pecado del hombre. En cierto modo, le ha liberado de su



realidad, que era demoníaca, y le ha configurado, según la gloria de Dios, que no es otra que la de su cuerpo glorificado.

A esta nueva situación corresponde, que los órdenes del mundo se configuren según la voluntad del Padre, al que han retornado por Cristo; es decir, que se configuren según las leyes inherentes a su naturaleza, que expresan la voluntad de Dios (Derecho y ley natural), según la verdad y realidad de Dios que se revela en ellas. Contradecir a esas leyes no es sólo una violación de la voluntad creadora del Padre, sino una rebelión contra la realeza de Cristo, que con su muerte libertó a los órdenes terrestres de la esclavitud del pecado para que pudieran realizar plenamente la esencia creada por Dios.

Mediante estas transformaciones, los órdenes terrestres se abren a la gloria de Dios. En este sentido, ninguna forma cultural es suficiente y valedera por sí misma, ya que la forma terrestre no puede representar adecuadamente a Dios. Relativamente, es mejor forma cultural aquella que más configura al hombre a imagen y semejanza de Dios. Y son rechazables todas las formas económicas, sociales y políticas, que no den al hombre la libertad de ser imagen de Dios.

Lo *segundo* que Cristo ha hecho indirectamente por la cultura se refiere al hombre mismo. Ha liberado al hombre de la esclavitud del mundo, del orgullo, de la mentira y del odio y le ha dado la posibilidad de una vida en la verdad, en el amor y en la justicia. El hombre transformado por Cristo es portador del espíritu celestial, del Espíritu Santo, que, según la Teología, es el soplo de amor que va del Padre al Hijo y del Hijo al Padre. Como expresa la palabra latina *spiritus*, es el aire, la atmósfera celeste, el clima en que viven el Padre y el Hijo, perteneciéndose mutuamente. A esta atmósfera personal y celeste queda incorporado el hombre que se une a Cristo: realiza entonces su vida en el movimiento del amor que se entrega y entiende la vida como servicio a los hombres. El cristiano no emplea sus esfuerzos culturales o políticos en producir valores objetivos, sino en producir valores para bien y utilidad del hombre. San Agustín dice que el poder terrestre es una función de servicio. Mientras que la inmoral voluntad de poder es una propiedad del demonio, los cristianos ejercen su poder y dominio, necesarios e indispensables en este mundo, no por deseo de poder, sino con ánimo de servicio; no por el orgullo de ser señores, sino por misericordia (*Ciudad de Dios*, XIX, 14).

El hombre no es capaz de este amor servicial sin estar dispuesto para el sacrificio. La participación en la Cruz de Cristo es parte de toda labor cultural y de todo esfuerzo político del hombre.

La gloria divina traída al mundo por Cristo está todavía oculta y oculta seguirá hasta su vuelta. Lo que Grosche dice del reino de Dios puede aplicarse al reinado de Cristo y responde a la objeción del romano y pagano Celso, que decía que el Cristianismo había fracasado por no haber aportado nada o no haber conseguido lo que—quizá por una exigencia sin fundamento de la misma cristianidad—, creía haberse podido esperar de él.

“Tampoco resuelve el problema el hecho de que los cristianos aduzcan ahora estadísticas para refutar la objeción, ya que lo que las estadísticas dicen puede ser muy loable y hermoso, pero en ningún caso abordan el problema de que se trata: es un misterio y sólo el Señor lo conoce: El reino de Dios es como el hombre que arroja la simiente y ya duerma, ya vele, de noche y de día, la semilla germina y crece *sin que él sepa cómo* (Mc. 4, 26-27). El reino de Dios no se ve crecer. Siempre está oculto; siempre recorre el mismo camino que Cristo: el de la cruz. Con el reino de Dios ocurre lo mismo que con Jesús: está entre vosotros, pero vosotros no le conocéis (Jo. 1, 26). Y de él también puede decirse lo que Jesús decía de sí mismo: “¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron” (Mt. 13, 16-17). El reino de Dios existe, pero oculto, y crece en ese ocultamiento: de sí misma da fruto la tierra (Mc. 4, 28). Esto no significa que la Iglesia se funde en sus propias fuerzas, como si tuviera conciencia de su absoluta independencia y no necesitara la ayuda de Dios o que tenga en sus manos el desarrollar ella misma la Revelación; significa casi todo lo contrario: que la semilla no crece, porque los hombres la empujen, sino que crece porque Dios lo quiere. Lo mismo dice la parábola de la hierba mala entre el trigo; los hombres nada pueden contra la voluntad de Dios; ni los hombres ni el diablo. Obren los hombres como quieran, Dios es el Señor; es el Rey y en la simiente revela su poder. Es cierto que el enemigo existe porque todavía dura el viejo eón, pero ya está vencido su poder y no puede dañar la semilla: semejante es el reino de los cielos a uno que sembró en su campo buena semilla; pero mientras dormía su gente, vino el enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fué (Mt. 13, 24-25). Tan impotente como el odio de los

enemigos es la buena voluntad de los criados, que querían arrancar la cizaña; Dios es el Señor; El cuida de la simiente; El sabe lo que es trigo y lo que es cizaña. Sólo El sabe lo que va a caer en la red al pescar (*Mt.* 13, 47-48). Sólo El, que da el reino y el poder y que, como en la parábola de los obreros de la viña, da a quien quiere sin considerar las cualidades naturales o la aportación personal; El trae a la luz lo que está oculto. Al fin del mundo se revelará lo que está oculto y entonces vendrá el Hijo del Hombre, rodeado de la gloria del Padre, para juzgar a los vivos y a los muertos y, aunque ahora esté oculto bajo especies de siervo, aparecerá entonces en su gloria, sentado a la diestra del Padre y su reino no tendrá fin" (R. Grosche, *Pilgernde Kirche*, 1938, 51-52). En este eón, el reinado de Cristo se nos aparece siempre en el dolor, en el martirio, en la valiente confesión y en el testimonio dado por los que creen en El (cfr. el himno de San Gregorio Magno, *Rex gloriose martyrurum*).

5. Se deduce ya que *el reino de Dios no se corresponde adecuadamente con la Iglesia*. La Iglesia es su núcleo, su revelación y su órgano. Desde ella irradia el poder de Cristo sobre toda la creación. Todo el Universo está así incorporado al ámbito luminoso del reinado de Cristo (cfr. *Tratado de la Iglesia*). Tampoco el reinado de Cristo se corresponde exactamente con el reino de Dios, con el dominio divino. El reino de Dios fué instaurado por Cristo (cfr. § 152). El reinado de Cristo es instrumento y revelación del dominio de Dios. Este dominio está veladamente presente en el reino de Cristo, que tuvo sus comienzos en la Encarnación. Pero llegará la hora en que Cristo se someterá al Padre y todas las cosas consigo. Su reino se transformará entonces en el reino del Padre, que se aparecerá en su gloria deslumbrante. En aquel estado, el Padre será una misma cosa con Cristo, el Hijo de Dios y con el Espíritu Santo, "Dios, todo en todo" (*I Cor.* 15, 25-28; *Apoc.* 3, 21). El, Dios inmutable, invisible, único e incomprensible, es Rey de la eternidad, a quien sea honor y alabanza por los siglos de los siglos (*I Tim.* 1, 17). (cfr. § 177).

6. Entre *las actividades de la realeza de Cristo* están las de *legislar y juzgar*.

a) Cristo nos ha liberado de la ley, pero nos ha vinculado a sí mismo. Ya hemos dicho en qué sentido subsiste y en qué sentido

fué abolida la ley viejotestamentaria (cfr. § 156). El Concilio de Trento definió como dogma de fe, contra los protestantes, que Jesucristo es legislador al que hay que obedecer (Sesión 6.<sup>a</sup>, prop. 21, D. 831). Más aún: El mismo es la ley del creyente, al modo que el amado es la ley del amante. El creyente, en último término, no obedece una disposición impersonal, sino a Cristo-persona, que le ha incorporado a sí obligándolo. Los preceptos concretos que Cristo, o en su nombre la Iglesia, ha establecido, son interpretaciones concretas de la ley que es el mismo Cristo. Cuando el cristiano cumple los preceptos legales, obedece a Cristo. Su comportamiento ético se realiza en el encuentro con Cristo y en ese sentido es personalista. De la misma manera que no pueden separarse “las enseñanzas” de Cristo de su persona, tampoco pueden separarse de ella sus leyes y preceptos. En los mandamientos de Cristo, por ejemplo, en el sermón de la Montaña, se nos revela cómo debe comportarse quien se entrega a El en las diferentes situaciones de la vida, por ejemplo, con el prójimo o con los bienes terrenos. San Pablo fundamenta por eso todas sus amonestaciones en la unidad con Cristo (cfr. *I Cor.* 6, 12-20; 10, 14-22; 12, 1-31). La conducta cristiana se convierte así en actuación y efecto de la vinculación a Cristo. Aquí se ve cuán estrechamente relacionados están el magisterio y la realeza de Cristo (ya antes aludimos a la relación entre sacerdocio y realeza). Las revelaciones de Cristo son llamamientos de Dios, a quien debemos someternos obedientemente. Cristo, por ser “Maestro”, es también Rey, que da leyes. Al dar leyes nos revela la gloria divina y nos enseña la manera de ser partícipes de ella. Dios nos llama en cada mandamiento al obligarnos a ser perfectos como El lo es. Cristo es revelador de Dios al ser legislador. A las tareas de su realeza pertenece la de dar testimonio de la verdad: revelar la realidad de Dios (*Jo.* 18, 37). *Magisterio y realeza se compenetran, pues, íntimamente.*

b) Cristo es *Juez*, más aún: El es el Juicio, ya que la salvación o la condenación se deciden por la fe en El o por no creer en El. Su sentencia no es más que la afirmación de lo que El mismo es. A El ha sido encomendado por el Padre todo juicio (*Jo.* 5, 22-30). Cuando venga el fin de los tiempos, condenará a los malos y llevará a los buenos a su reino, preparado para ellos desde el principio (*Mt.* 25, 34-35). (Cfr. *Tratado de los Novísimos.*)

III. *Participación en la realeza de Cristo.*7. *Los creyentes participan de la realeza sacerdotal de Cristo.*

a) San Juan, en el *Apocalipsis*, escribe a las siete iglesias: "Con vosotros sean la gracia y la paz, de parte del que es, del que era y del que viene, y de los siete espíritus que están delante de su trono y de Jesucristo, el testigo veraz, el primogénito de los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama, y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a El la gloria, el imperio por los siglos de los siglos, amén" (*Apoc.* 1, 4-6). En el capítulo 3, 21, encontramos la reveladora y sorprendente palabra que nos habla de la grandeza y dignidad del hombre. "Al que venciere, le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono." La misma realidad se nos expone en la primera Epístola de San Pedro (2, 9), al atribuir a los creyentes un sacerdocio regio. No se puede quitar valor a estos textos diciendo que hablan de una realeza impropia, pues significan una realeza verdadera y real (cfr. *Los Tratados del Bautismo y de los Novísimos*).

b) *San León Magno*, en su *Sermón cuarto*, pronunciado con motivo del aniversario de su elevación a la silla de San Pedro, describe la participación en la realeza sacerdotal de Cristo: "Lleno de alegría por la piedad, que se manifiesta en nuestra sumisión, doy gracias a Dios por la caridad cristiana que hay en vosotros. Ved, pues, cómo vuestra numerosa presencia en el aniversario de este día es causa de común alegría y cómo la fiesta del Pastor Supremo es fiesta de todo el rebaño. Aunque la Iglesia esté organizada en grados distintos, de modo que la unidad de su cuerpo comprende varias partes, somos, sin embargo, como dice el Apóstol, una misma cosa con Cristo. Ningún miembro, por extraño que parezca, es ajeno a las funciones de los otros y todos están unidos en la Cabeza. En la unidad de la fe y del bautismo gozamos todos de igualdad y de común dignidad. Y así, oímos por boca del bienaventurado San Pedro: "Vosotros, como piedras vivas, sois edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptos a Dios, por Jesucristo" (*I Pet.* 2, 5), y cuatro versículos más adelante añade: "Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (*I Pet.* 2, 9). Todos los que

han renacido en Cristo son reyes por la señal de la Cruz y sacerdotes por la unción del Espíritu Santo. Todos los que son cristianos en el espíritu y en sus principios deben tener conciencia de que proceden del linaje sacerdotal y tienen parte en los deberes del sacerdote, exceptuando las tareas de nuestro cargo. ¿Qué cosa hay más regia que un espíritu que somete su cuerpo al dominio de Dios? Y ¿qué cosa corresponde más a los deberes sacerdotales que consagrar al Señor una conciencia pura y ofrecerle sacrificios inmaculados de piedad en el altar del corazón? Quiera Dios que todos participen en ello por la gracia y alegrémonos de celebrar el día de nuestra elevación a la suprema dignidad, pues es laudable y grato a Dios; alegraos como de un honor del que todos participáis; todo el cuerpo de la Iglesia celebra el único sacramento del Sumo Sacerdocio, que si por el óleo de la unción ha derramado sus bendiciones en mayor medida sobre los miembros superiores, no por eso se derrama en medida escasa sobre los inferiores.”

*San Agustín* dice que los unidos a Cristo son reyes y sacerdotes. La realeza del creyente consiste en la participación en el dominio y gloria de Cristo. Con El se sentarán en los tronos y juzgarán a los que se han alejado de Cristo por la incredulidad. Por su propia plenitud en la gloria de Dios se hará más visible la imperfección del hombre encerrado en sí mismo y que rechaza el dominio de Dios; a la vez se hará patente la responsabilidad de su imperfección (cfr. *El tratado del Bautismo*. Sobre la diferencia esencial entre el oficio sacerdotal y el sacerdocio en general se habla en el *Tratado del Orden*).

La *Liturgia* expresa la realeza del cristiano por medio de las unciones sacramentales. En el AT, los reyes eran ungidos, pero también los sacerdotes y los laicos. Las unciones sacramentales del NT —en el Bautismo, Confirmación, Orden y Extrema Unción— se refieren y aluden a aquel hecho. En la Extrema Unción, por ejemplo, se unge al enfermo para que participa plenamente de la realeza de Cristo, para su eterna realeza.

La Virgen María participa especialmente de la realeza de Cristo (fiesta de la Reina del cielo y de la tierra).